





Yo sé volar. El currículum espontáneo

Javier Herrero

ojo de agua - ambiente educativo

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

ojodeagua@telefonica.net

Yo sé volar. El currículum espontáneo

Javier Herrero

Esta noche me siento a relatar los recuerdos de la mañana, pues no puedo ni quiero esperar más. Cada segundo que pasa me crece un poco más el temor que me invade a perder un detalle más, a olvidar otra frase, a rememorar aquella mirada.

Hoy, como en otras ocasiones anteriores, he vivido una sesión de aprendizaje profundo; hoy, como en otras ocasiones anteriores, se me ha revelado ante los ojos el currículum espontáneo que –sin apenas darnos cuenta– desarrollamos cada día. Hoy, me he sentido de igual a igual ante unos niños, sin poderes especiales por ser adulto; hoy he descubierto y explorado caminos para mí desconocidos hasta ahora. Y la experiencia ha resultado ser memorable.

La cosa comenzó mientras estaba reorganizando el área dedicada al taller quitando trastos de en medio, limpiando, reclasificando, colocando en el porche de la casa. En uno de mis viajes de dentro afuera o de fuera adentro mi mirada se detiene en una niña de unos cinco años, Cielo, que camina cabizbaja -los dedos de las manos entrelazados a la espalda a la altura de la cintura- dirigiéndose hacia el pequeño puente de madera. La niña se alza hasta el puente y allí se tumba boca abajo. No es la primera vez que veo en ella esa postura abatida en los últimos días. La última vez nos fuimos juntos a recoger las últimas nueces con que nos regaló el nogal del que algunos disfrutamos con sus frutos y la inmensa mayoría de los niños trepando entre sus ramas. Me acerqué a ella y le pregunté qué le ocurría. Al ver su rostro tuve la sensación de que estaba realmente afectada por lo que fuera que hubiese ocurrido. Me respondió desde la altura del puente -susurrando apenas- mientras se volvía de espaldas a mí. Apenas podía oírla y así se lo dije. Al tercer intento, por fin, logré entender su respuesta: "Tierra y yo íbamos a jugar. Yo quería mandar en el juego, pero V. también quería mandar. Luego, V. dijo que mandáramos las dos y yo dije que no mandara ninguna. Y ya no somos amigas." A lo que respondí: "Bueno, no veo que haya mucha diferencia entre mandar las dos o que nadie mande. En todo caso las decisiones serán compartidas." Mientras esta conversación tenía lugar, Tierra rondaba a nuestro alrededor -montada en bici- mirándonos con atención en el punto de máxima cercanía de su órbita a nuestro alrededor. En una de sus vueltas a nuestro alrededor se dirige a mí para pedirme que me acerque a ella, cosa que hago. Nos alejamos y en un aparte, susurrando también, me dice: "No creas lo que te diga Cielo. Es una mentirosa. Está mintiendo." "¿Por qué no he de creerla?", le contesto. Tierra me mira a los ojos, se acerca y aún más bajito si cabe, me replica: "Cielo dice que sabe volar y es mentira." "Bueno," le respondo, "me parece que Cielo juega a volar." "No," insiste Tierra, "ella dice que sabe volar de verdad. No juega a volar. Y ninguna persona puede volar, ¿verdad?" "Con la imaginación," le digo, "uno puede hacer muchas cosas, incluso volar." "Cielo me miente," repone airada Tierra, "y por eso no soy su amiga."

En ese punto, sólo se me ocurre pedirle permiso a Tierra para hablar con Cielo y contarle lo que hemos hablado ella y yo. Consiente. Me acercó a Cielo que ahora está subida en un almendro y a escasos metros detrás de mí me sigue la bicicleta que monta Tierra. Me detengo bajo la rama en la que está sentada Cielo y le miro a los ojos. Su expresión muestra desconfianza. Y me dirijo a ella: "Tierra y yo hemos estado hablando y le he pedido permiso para contarle lo que hemos hablado. ¿Puedo contártelo?" "Venga", contesta Cielo tan escueta como sería. Alzo los ojos ante la atenta mirada de Tierra, quien ya ha estacionado su bicicleta cerca del almendro desde donde puede escuchar perfectamente la conversación que sostenemos. Le relato a Cielo cómo Tierra me ha contado que cree que ella le miente porque dice que sabe volar y un segundo después de finalizar mi resumen, Cielo me contesta: "Yo sé volar. No juego a volar. Puedo volar si quiero. Y es la última vez que voy a perdonarle porque el pozo es mágico y si lo toco volveremos a ser amigas. Lo que pasa es que no quiero volar con alguien porque para ir desde la tierra hasta el cielo es muy difícil y si voy con alguien y me acompaña, pues no quiero tener que volver a hacerlo otra vez." "Pero, a mí me parece," le digo, "que es mejor tener una amiga que la diferencia que tenéis." "Mira," me replica con un gesto de desdén que deja caer sobre mí rostro desde la altura a la que se encuentra, "yo tengo muchos amigos que no son de aquí y si aquí no tengo amigas, pues me voy con mis otras amigas y ya está. Porque mi papi no está aquí, sino ahora mismo me iba a mi casa." Esa frase me hiere el corazón porque todos los esfuerzos que estamos realizando, todos estos años de trabajo, toda la dedicación silenciosa y callada que mi familia y yo mismo estamos volcando en el desarrollo de este proyecto educativo están en todo caso a expensas de la voluntad de todos y cada uno de los niños que deciden acudir aquí, ellos son los que deciden si desean acudir aquí y de ellos depende la supervivencia de este sueño que estamos tratando denodadamente de mantener con vida; depende de los niños y de su deseo de compartir aquí una parte de su vida con nosotros. "Bueno," respondo, "tú también eres mi amiga y yo soy tu amigo" (cosa que sinceramente siento de todo corazón) "y yo quiero que estés aquí entre nosotros." "Ya," contesta ella, "lo que pasa es que Tierra está en el mundo en el que nadie puede volar y yo estoy en el mundo en el que se puede volar." A todo esto, Tierra llama mi atención y me pide hablar en privado. Entonces, me vuelvo hacia Cielo y le digo que ahora voy a hablar con su ex-amiga en privado porque me lo ha pedido, a lo que desde lo alto del árbol, replica: "Cuando termines, yo también quiero que hablemos en privado." Me alejo de nuevo con la niña subida en la bici y volvemos al alejado escalón del porche en el que hablamos en la ocasión anterior. "No le creas," me dice cargada de seriedad, "no le creas, lo dice para que la creas pero está mintiendo. Te está mintiendo. Ese pozo no es mágico. ¿A que una marioneta no puede volar? Pues B. dice que sí." En ese momento una luminosa idea se posa sobre mi boca y respondo: "Tu has visto volar alguna vez una marioneta?" "No", responde V. "Yo tampoco", continúo, "pero eso no quiere decir que las marionetas no puedan volar, lo más que podemos decir es que jamás hemos visto volar una marioneta." "Ese pozo no es mágico. Se lo está inventando. Te está mintiendo. Es una mentirosa",

repone Tierra con una cierta tensión bajo el susurro de sus palabras. Y entonces me surgen las siguientes palabras: "No, no está mintiendo. Mira esta bici, es roja, ¿no?", le pregunto señalando el tubular de la bici que reposa entre sus piernas. "Sí," contesta. "Tú la ves roja, ¿verdad?", le inquiero de nuevo. "Sí," reafirma intrigada. "Yo también la veo roja. Por eso decimos que es roja. Porque los dos la vemos roja. Pero, ¿tú sabes lo que es un daltónico?", acabo por preguntarle a Tierra. "No," responde. "Una persona daltónica es una persona cuyos ojos funcionan de forma distinta y donde hay rojo, ve marrón. Supongamos que yo miro la bici y veo rojo y voy donde está Cielo y le digo: "Allí hay una bici marrón." Entonces estoy mintiendo porque digo una cosa, pero sé que no es como la digo. Pero si soy daltónico y tú ves rojo, pero yo veo marrón y voy donde está Cielo y le digo: "Allí hay una bici marrón", entonces no estoy mintiendo porque digo lo que veo, aunque lo que veo es diferente de lo que tú ves porque mis ojos funcionan de otra manera. Es más, yo acabo de aprender que los colores no existen en el mundo real, sino que los creamos dentro de nuestro propio sistema nervioso, dentro de nuestro cerebro.¹ Entonces, resulta que no puedes decir: "La bici es roja"; lo más que puedes decir es: "Yo veo que la bici roja." Ahora," le digo a Tierra para finalizar, "Cielo me ha pedido que hable con ella en privado, de modo que si no tienes nada nuevo que decir, me voy a hablar con ella." Y me levanto y dirijo nuevamente mis pasos nuevamente hacia el árbol, donde encuentro a Cielo nuevamente cabizbaja, paseando con sus dedos entrelazados por la espalda a la altura de la cintura. Tierra me sigue montada en bici y le explico que se mantenga alejada porque Cielo y yo vamos a mantener una conversación privada, ella insiste en que quiere escuchar la conversación y nos exige que si la conversación es privada que vayamos a un sitio que sea privado; entonces propongo que vayamos a una de las habitaciones de dentro de la casa; entramos y cierro la puerta para garantizar la privacidad del encuentro. Entonces le pregunto a Cielo qué quiere decir y me responde: "Yo se volar, no es juego ni es mentira. Y ya no voy a perdonar a Tierra que no sea mi amiga y podría perdonarla porque una vez dejamos de ser amigas y toqué el pozo y entonces volvimos a ser amigas; pero ya no voy a tocar más el pozo mágico." Entonces le explico nuevamente la conversación con su ¿amiga? y me nace la conexión con lo que de verdad representa este proyecto educativo, cuando le digo: "Mira, todo esto creo que tiene que ver con lo que me parece que es lo más importante de este lugar. Tú sabes que aquí vienen personas que son vegetarianas, ¿verdad?" "Yo soy omnívora," replica Cielo con celeridad. "Ya, pero hay algunas personas que son vegetarianas y no comen carne y otros que, sin embargo, sí que comen carne." "Sí," confirma. "Pues una de las cosas más importantes aquí es que haya personas que sean vegetarianas y otras que coman carne y que podamos sentarnos juntos a comer en la mesa. Tú tienes una visión del mundo y Tierra tiene otra diferente y lo más grande de este lugar es que Tierra y tú, Cielo, podáis jugar juntas, trabajar juntas, vivir juntas, aunque vuestra visión del mundo sea diferente como la visión de los colores de los daltónicos es distinta

¹ Capra, F., Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo, Anagrama, Barcelona, 2003

de la nuestra. Ahora," prosigo, "Tierra me ha pedido que hablemos los tres juntos, ¿tú quieres que hablemos con ella?" "Sí," responde. Salimos en su búsqueda -pero no es necesario hacer mucho esfuerzo; nos la encontramos sentada sobre un pequeño silloncito de gomaespuma enfrente de la puerta de la habitación en la que conversábamos dentro del área de disfraces- nos dirigimos hacia ella, nos sentamos los tres y Tierra comienza a asignar los turnos de palabra: "Te toca a tí." Y Cielo comienza: Yo puedo volar y tú, el otro día, volaste conmigo y ahora, vas y dices que no volaste. Esa es la verdad..." En ese instante, levanto la mano para hablar y cuando Cielo termina, matizo: "Has dicho que podías volar y que eso era la verdad. Sólo quiero decir que ésa es tu verdad; tú tienes tu verdad, Cielo. Tierra tiene la suya: Yo tengo la mía... Pero la verdad es una sola y esa no existe." Entonces, Cielo interrumpe: "Ahora es tu turno, Tierra", a lo que ésta replica: "Yo no tengo nada que decir." Tras un breve silencio, Cielo anuncia: "Yo creo que ya somos amigas de nuevo porque somos amigas, ¿verdad, Tierra?" "No lo sé," responde. De nuevo, silencio. Y Tierra reanuda su turno afirmando: "Me parece que este sillón es mágico porque volvemos a ser amigas," termina sonriendo. En ese momento, toda la tensión acumulada se agolpa en los lagrimales de mis ojos, el vello de mis brazos se eriza y la emoción me embarga. Siento unas ganas terribles de ser abrazado. Propongo un abrazo y me alejo de ellas mientras planean un nuevo juego; llego a la cocina; salgo por la puerta de atrás; me detengo a mirar el limpio y luminoso cielo azul... y las lágrimas resbalan por mis mejillas.

Todo este proceso ha durado más de cuarenta minutos, estoy exhausto pero satisfecho y muy contento. Hoy se me ha hecho evidente qué importantes son las cosas que aprendemos aquí confiando en un currículum espontáneo. Hoy, he aprendido unas cuantas lecciones de esas dos pequeñas chiquillas: he aprendido de su gran madurez (a pesar de su corta edad), he aprendido a no prejuizar, he aprendido a respetar a los demás, he aprendido a escuchar un poco más, he aprendido a confiar,... ¡Que grandes lecciones he aprendido hoy en *ojo de agua*

Autodidacta, número 8, invierno 2003